

ROBERTO  
FONTANARROSA

FON

LOS TRENES MATAN

TAN

A LOS AUTOS

ARR

Y OTROS CUENTOS

OSA

booket

**Roberto Fontanarrosa**  
**Los trenes matan a los autos**  
**y otros cuentos**

# Los trenes matan a los autos

Llegó un momento en que la lucha entre los trenes y los autos tomó ribetes desesperados. Todos creyeron, un poco ingenuamente, que aquel tímido Citroën, aplastado sin piedad por el Expreso del Norte en las postrimerías de marzo, había sido tan sólo un accidente. Un lamentable accidente como lo había catalogado la prensa. Pero ya en junio, la víctima fue un ampuloso Dodge Polara que, destrozado, despedazado e inútil cayó al costado de la vía del Trueno de Plata. Hubo quienes, incluso, ignorantes de la realidad o simplemente poco advertidos, celebraron el sacrificio del Dodge, contentos ante la oscura suerte de coche tan orgulloso y pedante. Pero lo que desencadenó todo, lo que despertó violentamente el rechazo popular y los ataques virulentos de la prensa fue el suceso de Recalada. Un pequeño e indefenso “ratón alemán” fue vandálicamente atropellado y reducido a chatarra por el fatídico Expreso del Norte. El hecho fue repudiado incluso hasta por el Gremio de Guardabarreras y Obreros del Riel en una extensa solicitada. La clara posición de dicho gremio, tradicionalmente férreo defensor de todo cuanto significara ferrocarriles desconcertó a la prensa especializada, a la sazón abocada a la investigación de los motivos ocultos que impulsaban a esa sanguinaria campaña destructiva.

Los automotores, en tanto, optando por un papel de víctimas procuraron ampararse en la legalidad. Reclamaron a viva voz severos controles de seguridad en todos los pasos a nivel. Alarmas electrónicas y veedores oficiales nombrados por el gobierno. Los ferrocarriles aceptaron esto, contraatacando públicamente con avisos y solicitudes donde desestimaban todo tipo de acusaciones, aducían los lamentables sucesos a una funesta racha de accidentes y reivindicaban al Expreso del Norte, ratificándole la confianza de la empresa. No obstante, ante las apelaciones de los automotores, accedieron a que el Expreso del Norte fuese revisado exhaustivamente por un equipo de expertos para sondear algún posible desequilibrio. Agosto pasó en una tensa calma, tan sólo alterada por una pequeña manifestación de automotores utilitarios que colocaron en Recalada una placa recordatoria del alevoso crimen del “ratón alemán”.

Todo estalló finalmente, en setiembre. Un camión que transportaba coches recién salidos de la fábrica Peugeot fue sorprendido en la noche, triturado y vejado por El Serrano, tren de velocidad y potencia sorprendentes. Aquello desató el escándalo. Veinte coches de corta edad, impecables, fueron destruidos, reventados y despedidos en todas direcciones. En la horrible noche se oyeron claramente los espantosos crujidos de los chasis, las explosiones agónicas de las bombas de aceite, los reventones convulsivos de los neumáticos, el alarido doloroso de las bocinas. En cientos de kilómetros a la redonda se encontraron segmentos de caños de escape, volantes fracturados, motores con la tapa de cilindros levantada. Testigos presenciales aseguraron que El Serrano venía con todas las luces apagadas, sin pitar, bajas las ventanillas de los vagones. Hubo quien afirmó haberlo visto en las proximidades de Torrecillas, quieto y silencioso, en la oscuridad, como esperando. Un minucioso informe de la Cámara de Automotores presentado con

urgencia ante las autoridades consignaba que El Serrano ya había purgado diez años antes una severa sanción por atropellar una motocicleta con sidecar, siendo destinado a rodar por las frías llanuras sureñas. Toda la prensa sin excepción exigió un ejemplar castigo y una profunda investigación para determinar las causas de esa guerra ahora ya desembozada. Tan sólo el periódico de los ferrocarriles “La Vía Muerta” defendió tenazmente al Serrano, atribuyéndole condiciones vindicatorias. Los ferrocarriles desautorizaron a “La Vía Muerta”, dejando clara constancia de que dicho periódico no era un órgano oficial de la empresa.

Pero indudablemente las cartas estaban echadas y el juego era bien claro. En octubre, un camión naftero solidarizándose con los automóviles atropelló e hizo saltar de los rieles al “Flecha de Oro”. Veinticinco vagones rodaron por el terraplén en un pandemónium de chirridos, crujidos y estallidos de cristales, la guerra era un hecho. “La Vía Muerta”, con el título “¡Despertad, locomotoras!”, lanzó una abierta proclama de lucha y venganza.

Hace dos semanas, un pequeño y ágil Fiat 600, cayendo por una toma de aire, produjo la más espantosa catástrofe en la historia de los trenes subterráneos. La actitud a todas luces suicida del 600 dio una pauta clara sobre la siniestra determinación de los bandos en pugna. Ayer una noticia conmovió a los medios periodísticos mundiales. En el Atlántico, cerca de las Islas Canarias, un inmenso Boeing 704 se abatió como un tornado sobre un buque carguero holandés que transportaba locomotoras hacia Trinidad Tobago. Hoy, el cielo amaneció negro de aviones y en las carreteras, a través del smog, millones de autos corrían hacia la ciudad. A esta hora, golpean despiadados contra las bases de los edificios más elevados.

# De los suicidios

Sería muy simple suponer que el suicidio es tan sólo la supresión de la propia vida. A lo sumo, podría ser una consideración torpe y apresurada de aquellas personas carentes de imaginación que sin más ni más se despedazan el cráneo de un balazo a quemarropa, burdamente, en cualquier día y horario. Pero la persona sensible, la persona culta, aquella que ha hecho de su vida una sucesión de actos pensantes y entrelazados no caerá en ese error. No. La culminación de la existencia a través del suicidio es un hecho complejo polifacético, que responde a diversas escuelas y culturas, a variadas pautas y valoraciones que lo convierten en un menester si bien no, obviamente, para iniciados, sí para respetuosos. Por lo tanto, y sin pretender convertir esto en un catálogo, tarea pretenciosa e inconducente, he aquí algunas normas generales e importantes para dichos eventos.

## De las armas de fuego

El suicidio a través de las armas de fuego es la lógica culminación de aquellas personas dadas temperamentamente a las decisiones drásticas. Es una elección terminante, lógicamente explosiva pero, sin duda, poco poética. Esté-

ticamente es expresionista, de contornos dramáticos, apta para gente impulsiva, vital y apenas criteriosa. El suicidio por medio de las armas de fuego emana plenitud. No debe realizarse entonces en horas de la noche. Eso queda para los efectistas deseosos de captar ribetes trágicos. Sin embargo, los cánones también contemplan esta posibilidad. De realizarse, debe elegirse una noche estrellada, límpida, una pequeña pistola de carterá y procurar que el cuerpo caiga sobre algo acolchado, si es posible una alfombra mu-llida. Todo ruido metálico tras el disparo quitará el efecto a este y mermará notablemente la calidad sonora del hecho. Por la noche no se dejará nota ni carta alguna, no estando invalidado, no obstante, el acto elegante de llamar antes por teléfono a un amigo y charlar con él apaciblemente. Se vestirá con sobriedad (un cardigan liviano es lo más recomendable) sin incursionar nunca en la *robe de chambre* que puede otorgar al suceso un inferiorizante tinte doméstico. Categóricamente, el suicida con arma de fuego deberá elegir un brillante día de sol. No es necesario, valga la salvedad, estar expuesto a los rayos solares, pero conviene que por una ventana se vea el resplandor rotundo del día. Se podrá, ahora sí, dejar algunas líneas escritas a los más allegados, nunca dando explicaciones pues el suicidio es, ante todo, un acto digno. Repetir una vez más la tremenda falta ética de dejar una esquela escrita a máquina podría parecer reiterativo, pero lo hacemos ante la constante promoción de principiantes. Se procurará, en cualquier caso de suicidio por armas de fuego, realizarlo en un piso alto, donde siempre suena mejor, y agrega una escalera al dramatismo del hallazgo del cuerpo. Las corrientes denominadas “drásticas” o de Villant hacen aparecer el suicidio como un proceso que finaliza en el momento de la muerte del sujeto. Pero hoy, gracias a estudios que desechan abiertamente tal egoísmo (M. Risnet, “Ese silencio”), tomar las providencias

para asegurar una apropiada continuación de las acciones, es un rasgo honorable que diferencia al suicida apto del meramente vocacional. El suicida por arma de fuego deberá luchar contra la incomodidad del uso de un arma que ha sido diseñada para disparar hacia terceros y no contra uno mismo. Esto lo llevará a adoptar posiciones pocos gráciles, forzando la línea armoniosa del equilibrio físico, especialmente cuando se trata de armas largas. Por eso el revólver de bolsillo, o una pistola de mujer, son los elementos más indicados. Hay quienes no le dan a estos detalles mayor importancia aduciendo el grado de privacidad que por lo general usufructúa el suicida. Olvidan tales teóricos que el suicidio es un hecho de trascendencia principalmente individual, un acto jerárquico que involucra aun las más pequeñas reglas de respeto por uno mismo, comprendiendo las de coordinación muscular. Como última recomendación se considera un toque sensiblero el cargar el tanque del arma con un solo proyectil. Equivale, palmariamente, a otorgarle demasiada trascendencia a un hecho que en última instancia conviene recubrir de un aristocrático dejo de desinterés.

## **Del cianuro y otros venenos**

El veneno es el sistema ideal para introvertidos. Que algunas personas poco dadas a las exteriorizaciones hayan puesto fin a sus días de un balazo no cambia la regla. Esas excepciones responden a introvertidos adeptos al acto de protesta, retumbante, que reivindique sus represiones. Sin embargo, el introvertido coherente, sensato y medianamente en su juicio se volcará por el veneno. El día, en este caso, podrá ser nublado, pues a esta opción debe rodearla un leve vaho de desesperanza, sin llegar a la angustia. Responde a una determinación reflexionada, fría, sólida. Habrá melan-



colía, quizás, pero no drama. La hora ideal es el amanecer. El crepúsculo, por el contrario, revela una lamentable falta de originalidad. Se dispondrá del sillón más muelle, procurando que no mire hacia el reloj. La vestimenta estará de acuerdo a la sensibilidad de cada uno, ya que hay facetas personales que escapan a toda regla. Debe evitarse, eso sí, lucir traje de noche, o frac, aditamento casi pedante, con nítidas influencias de la cinematografía mejicana. Es conveniente que el veneno sea líquido. La pastilla tiene la ventaja de ser más práctica y aséptica pero resta el toque poético que brinda un vaso fino de bacará volcado sobre la alfombra, que de ser posible será color habano. En éste, como en casi todos, no se recomienda dejar notícula alguna, como tampoco mantener cerca fotos de familiares, amigos o novias lejanas. La sobriedad, ante todo, confiere altura a los hechos.

## **De los despeñamientos**

Esta opción, por extraño que parezca no cuenta con muchos adeptos. Es apropiada para personas de vida tumultuosa, afectas a las verbenas y las farándulas, licenciosos en grado sumo. Es el final clásico de todo desmoronamiento moral e incluso a veces material. Es, sin dudas, espectacular. Carece de la jerarquía que la privacidad confiere a otros suicidios. Es popular, o populachera, en definitiva. Acá sí, no hay otra alternativa que realizar el acto durante la noche, si es posible ventosa, no necesariamente fría, siendo ideal con una pertinaz llovizna. Es imprescindible tener auto, un sedán convertible con la capota puesta, celeste o bordeaux, de dos puertas. Se enfilará directamente hacia el acantilado más cercano a no menos de 83 km por hora. Algunos, más hábiles o más conocedores, han logrado que tras el estrepitoso despedazarse del coche contra las punzantes toscas, quede la radio encen-

dida, emitiendo aceptables selecciones clásicas (Beethoven, por ejemplo). Si se corre el riesgo de que dicho artefacto sobreviva propalando piezas de corte rápido popular, es preferible que enmudezca junto con la víctima. A veces, el exceso de perfeccionismo puede fallar, degenerando en exhibiciones irrelevantes. Lo que sí es imprescindible, es la alternativa del posterior incendio de la máquina despeñada. Es lo que reúne a la gente y le brinda a esta posibilidad el rubro de “popular”, como lo consignamos con anterioridad. Paradójicamente esta demagógica suerte de suicidio es la que mejor resuelve el problema “incertidumbre”, que rodea a un acto con un hálito de misterio. En estos casos quedará, indefinidamente, la duda de si el siniestro fue intencionado o accidental.

El rubro “despeñamientos” incluye una separata muy amplia e interesante. Por ejemplo los suicidas por inmersión prolongada. Es evidentemente una solución para personas desvaídas, sin fuerza de voluntad, ablandadas por los contratiempos de la vida. La época más recomendable es el otoño y la hora, el crepúsculo. El suicidio por inmersión es de una poesía inenarrable en esas condiciones. Estamos hablando, lógicamente, en el mar. Es un hecho inaceptable en el río, a menos que sea en Europa Central. En América sólo puede concebirse el suicidio en un río si el ejecutante se lanza desde un puente de hierro, oxidado por el paso del tiempo y la exposición a la intemperie.

Se deben dejar de lado las vestimentas vaporosas como tules, sedas o todo elemento que pueda flotar o ante el viento salobre del mar. Una tradición que se mantiene es la de quitarse el calzado. No deben usarse, ni siquiera a título de chanza, ningún tipo de pesas para impedir la emersión del cuerpo.

Es este un acto voluntario y progresivo. El suicida se internará en el mar y no mirará hacia atrás, ni una vez tan sólo. Esto es importante, pues dada la agreste vastedad de las playas, lo pueden estar mirando.

## De otras opciones

Las que hemos referido son, sin lugar a dudas, las salidas más comunes y correctas. Algunos espíritus anacrónicos pueden abogar aún por el antiestético ahorcamiento, con su secuela de visajes desagradables y ni qué decir, sombras aparatosas sobre paredes pintadas a la cal. Todas las otras posibilidades están siendo descartadas paulatinamente por el progreso. Un suicida consciente de su función social ya no se arrojará desaprensivamente bajo las ruedas de un tranvía, un colectivo, o cualquier otro servicio público. Este acto inconsulto, propio de gente infantil y/o irreflexiva, sólo acarrea molestias, contratiempos y le resta al suicidio la parafernalia seductora y graciosa que tiene. Menos que menos, prenderse fuego o aspirar gas letal. La primera es una línea perimida, netamente espectacular, más cercana a las artes visuales o a la pirotecnia que a una determinación humanística. La segunda, una flagrante concesión a las rutinas cotidianas, a la noria diaria, sumado todo al desagradable olor a gas, tan alejado de las ásperas somnolencias aromáticas de la pólvora, o incluso las misturadas esencias de algunos venenos. Cortarse las venas, en tanto, es sólo admisible en cierta literatura argentina de los años de la década 1920-1930 o bien en letras de boleros centroamericanos. Lo que no debe suceder, ya que lamentablemente invalidaría todo lo expuesto, es que el suicida ante la duda de qué camino elegir, abdique de su empresa. Eso sería, en suma, lo peor.